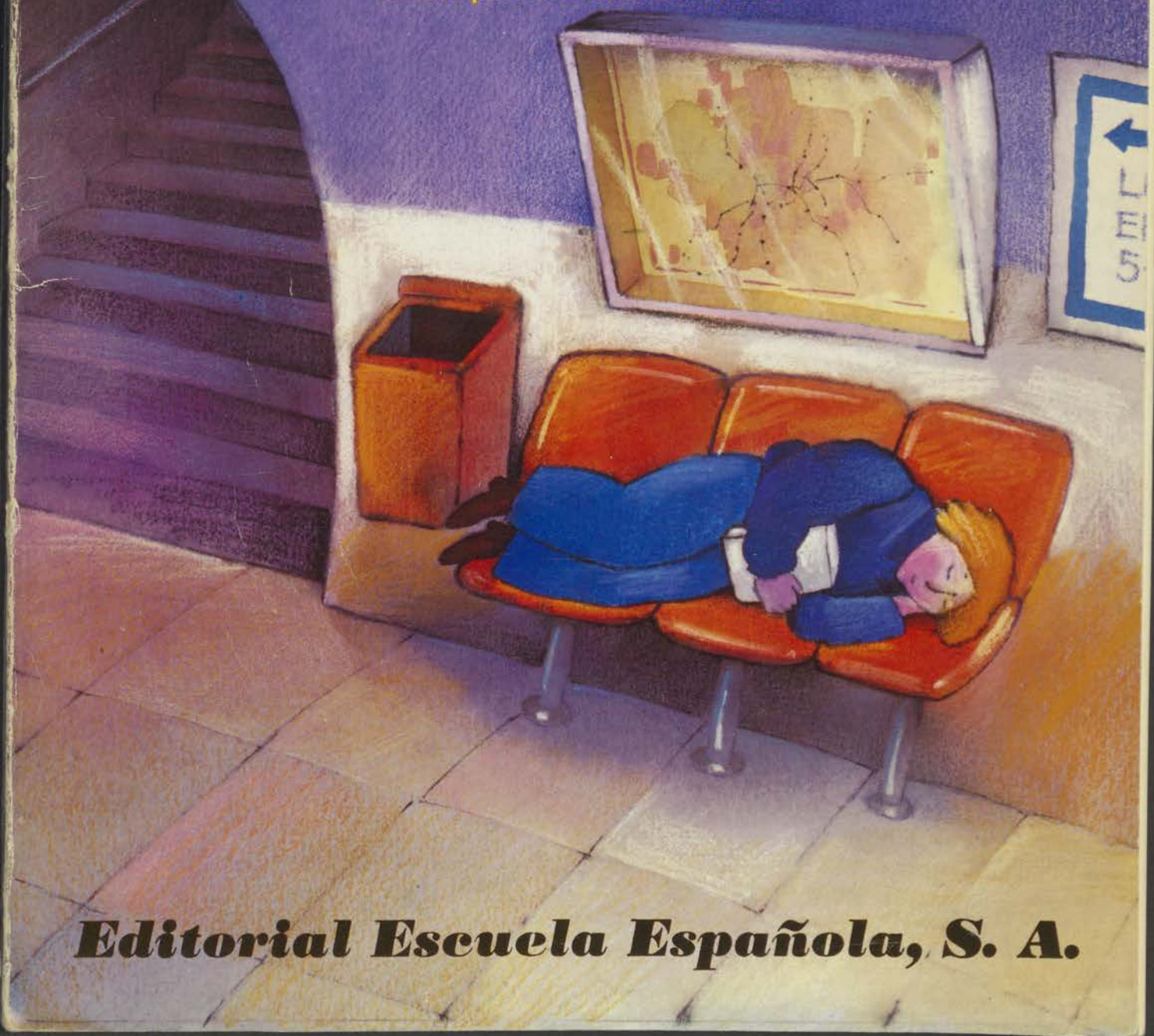
UN MUNDO DIFERENTE

(Cuentos para todo el año)

Rosa Romá
F. García Pavón
Pureza Canelo
Carmen Conde
A. Zamora Vicente

Ilustrado por: FEDERICO DELICADO



Editorial Escuela Española, S. A.

J. 2. 1
mun

Biblioteca de Pureza Canelo

UN MUNDO DIFERENTE

(cuentos para todo el año)

DEBAJO DEL ASFALTO — **Rosa Romá**
CUANDO YO SEA REY MAGO — **F. García Pavón**
EL PEZ ANTONIO — **Pureza Canelo**
LA NOCHEBUENA DE PEDRITO — **Carmen Conde**
UN PUÑADO DE NIEVE — **A. Zamora Vicente**

Ilustraciones de Federico Delicado

Editorial Escuela Española, S. A.

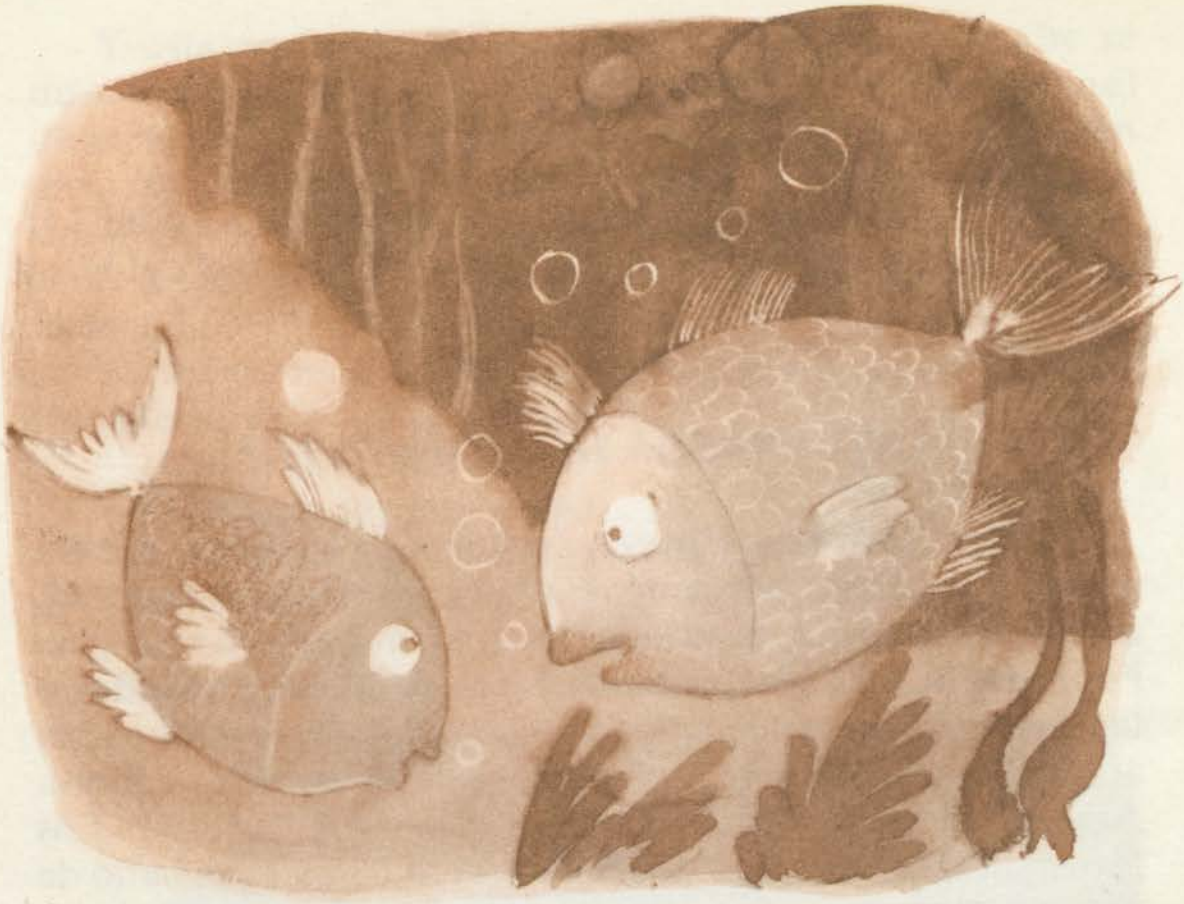
EL PEZ ANTONIO

Por **Pureza CANELO**
(Para Florentina del Mar)

I
ANTONIO ERA DE AGUA DULCE

Allí estaba su casa. Vivía con su hermano Federico, que era más grande y rubio; con mamá Eloísa, y el padre, don Antonio, gordísimo, más que su señora. Toni era un perfecto niño-pez. Por ejemplo, salía a las piedras de la cola de Eloísa, y nada de estar mucho tiempo en la corriente, nada de calles lejanas cuesta arriba ni escapar a las ramas de los árboles oscuros... Eloísa Agua pensaba llevarlo al año que viene al colegio de «Los Barbos», pero aún eran los inviernos muy fríos en el patio de arena, y quién iba a limpiar a Toni las narices y desabrochar a tiempo los pantalones de escamas si todavía se acostaba el primero de la casa, sin dormir hasta que llegaba Federico.

Dormían en cama de algas suaves y limpias. Algunas noches los despertaba el viento, remolinos; cuando había luna llena, peces solitarios pasaban muy de prisa. Y hoy, junto a Toni, lloraba Federico.



—Fede, ¿qué te pasa?

—Te digo que no quiero ser pez.

—Y si no fueras mi hermano-pez, ¿qué serías?

—Pues... barco, caballito, piedra grande, verde grande, pez campeón de agua...

—¿Dejarías esta cala, y a los tres?

—Lo que pasa, Toni, es que Eloísa no me deja ser todo lo que te digo...; eso de tener que ir por bigotes a «Los Barbos»... Don Alberto dice que mientras él en clase habla de la tierra, yo sólo pienso en tonterías, que se me pone cara de «pájaro» raro...

—¿Y qué es un «pájaro»?

—Pues son como ellos son.

—¿Tú los has tocado, los has visto?

—Sí, dibujados. Sólo dibujados, están en mi cartera. Y sé que ellos también nos ven en sus dibujos, porque van al colegio del «Aire». Creo que su agua es el cielo, lo que pasará es que sus corrientes no acabarán nunca por allí, y también les llueve como en nuestra cala... es un lío.

—¿Por qué no me lo has contado antes? Quiero ir contigo a «Los Barbos», ver muchos dibujos de la tierra esa. Esta mañana, doña Joaquina, la tortuga, me dijo que lo que yo tenía que hacer era ir a clase y dejar de ser pica-pez en la puerta de la cala. Me da miedo doña Joaquina cuando me mira y anda y saca el rabo, además es muy tonta, ríe y llora al mismo tiempo cuando se arregla el lazo canta: «Soy Joaquina Sola, viuda de Leoncio, que fue guardia forestal del agua...».

—A mi eso no me importa. Cállate, que es tardísimo. Mañana he quedado con Pepe, el renacuajo. Se está dejando el pelo largo. Ese nunca va a «Los Barbos». Es muy listo. Habla inglés.

—Ese es tonto. Cállate tú. Que te calles.

Hablando, hablando, se quedaron dormidos. Fede dormía con los ojos abiertos; Toni, también. Había luna en el cielo del agua y dos pintitas más como de estrellas grandes. Hacía viento y hacía frío. Las piedras también dormían, y Eloísa, y su marido. Don Antonio era el médico de la localidad del agua, se levantaba temprano y arreglaba todos los anzuelos. Bueno, curaba a los vecinos del anzuelo.

II
PESCA DE LUISETE

A la mañana siguiente se levantó la casa como de costumbre: agua, desayuno de azúcar, bufanda en el perchero, cartera hoy de «novillos» para Fede, maletín de don Antonio y para Toni, nada, él se quedaba en casa hasta más tarde. Eloísa Rápida estaba en la cocina, no dejaba de mover la cola.

Toni se peinó y fue a pedir permiso.

—¿Me vas a dejar dar una vuelta por las piedras, donde van los peces cuando sale el sol?

—De acuerdo; pero a las doce, en casa. Ten cuidado con esas peras y melocotones peligrosos que se encuentran. Mucho cuidado, Toni.

Salió corriendo de la cala. Nadando y saltando iba loco por la calle de La Corriente. Ya sudaba de contento cuando, de pronto, oyó «clop» y vió una bola blanca. Se paró en seco. «¿Será un melocotón de los que se comen?» Dudoso, se marchaba, pero volvía, y así largo rato, observando la bola que, como él, brillaba. «¿Qué hago, la toco, la huelo, me cabrá en la boca?» Y, como tenía miedo, primero la rozó con la cola, comprobando, y se movía; se acercó más y le dió con el lomo; después con la cabeza, como un balón, y, finalmente, con la boca. Pica-no-pica-pica-no-pica, y, al fin, picó. Picó y sintió dolor. Y, de pronto, subió por el cielo y salió del agua. En ese instante, Toni no pudo pensar en nada.

—¡Tía Mercedes, tía Mercedes, mira qué chico es!, y está llorando...

—Sí, es verdad que llora. Llora del agua y de los ojos. Es muy pequeño, yo lo quería más grande para ti. Luisete, trae el vaso, de prisa, que se muere.

El niño lo miraba muy cerca y le preguntó bajito:

—¿Por qué lloras, oye, por qué lloras?

—Me duele todo... ¿Dónde está mi cala y mamá?

—¿Y quién es ella?

—Eloísa. Eloísa Agua..., y ahora estará buscándome...

Tía Mercedes lo oyó todo. Y se acercó en seguida:

—¡Ay!, pez. ¡Ay!, Luis. Devuélvelo al agua.

—¿Puedo darle mi escopeta y mi caña?

Estaban los dos en la orilla del río. Pasó mucho tiempo. Hacía frío y cogían piedras y juncos, cuando... Se oyó ruido en el agua y se vieron dos redondeles, tres, cuatro, mil... Dos peces saltaron, uno grande y otro pequeño... «Gracias, soy mamá Eloísa, gracias».

Y el sol de invierno deslumbraba y el tiempo corría. Y a casa, Luis. Y a casa, Antonio.

III
LA NAVIDAD DE ANTONIO

(Noche 24 de diciembre)

—Qué disgusto, Antonio. Tu hijo pequeño está de milagro en la familia. ¿No te has dado cuenta de que no abre la boca...? A Toni lo han «pescado» esta mañana, y tú, con tus ocupaciones, sin aparecer por casa; estaba nerviosísima, y mira la cara del niño.

—(Tartamudo)... es que vi una bola blanca arriba y...

Don Antonio, muy serio pero tranquilo, dejó la servilleta sobre la mesa; dió un coletazo al agua acercándose a Toni.

—Eloísa, por favor, prepara agua de sal y la inyección de musgo. Y Toni, a la cama. ¡Vaya fiesta!

—Pero... ¿es que no vamos a cenar precisamente esta noche? ¿Para qué he preparado la «sopa de río» y el «estofado de insectos»?

Fede, disimulando, miraba por los cristales de su casa de agua...; peces con zambombas cantaban a la puerta de doña Joaquina Sola, peces con cintas de colores jugaban alrededor del árbol grande...

«Beben y beben
y vuelven a beber,
los peces en el río
por ver a Dios nacer...»

Pero Toni lo que vio fue a su padre con las pinzas, yodo y esparadrapo en la mano. Le dolía todo, a pesar de la inyección de musgo, y unas lágrimas le resbalaban por la boca, enrojecida, pero estaba dispuesto a aguantar en firme.

—Abre la boca, hijo, que es tu regalo de Navidad. Mañana será día de cama. La experiencia del «anzuelo» te servirá para no ser engañado en lo sucesivo... Eloísa, ya termino; puedes calentar la sopa. Fede, en mi maletín está el regalo de Toni; no vamos a esperar... Es una bola blanca de cristal, ni se come, ni mancha, y se ilumina al contacto de tu cuerpo, aquí mismo, mira, aquí en la cama... Descansa, Toni.

El niño-pez descansaba del disgusto y de la boca, abrazado a su bola brillante, tan fuerte que el regalo subió de temperatura, como si fuera un termómetro. Otros dos regalos le esperaban mañana al despertar.

Don Antonio, Eloísa y Fede «picaban» sopa, estofado y dulces; hablaban muy alto y se reían... del BESUGO PEQUEÑO que podía haber sido hoy Toni en la cena de la Navidad de la tierra...

UN PUÑADO DE NIEVE

Por **Alonso ZAMORA VICENTE**

La Navidad era siempre, para Julianito, el rapacín de la señora Ramona, la vendedora de recuerdos, postales, muñecos, una de esas tiendas de pueblo donde se encuentra de todo entremezclado y, sin embargo, en su sitio, era la Navidad un tiempo muy corto y muy frío, en el que trabajaba mucho más que de ordinario, pues todo el mundo acudía a comprar regalos para los familiares, grandes y chicos, y para los amigos, lejanos o muy próximos; iban a la iglesia hasta los que no iban nunca, y los niños de las familias más destacadas ponían en su casa un nacimiento e invitaban a los vecinos a visitarle... Julianín no tenía nada de esas cosas, no le preocupaba no tenerlas: las vendía todas. Ayudaba a su madre en la tienda; había que madrugar más esa temporada, tenía que apuntar muchos días antes los caprichos de algunos clientes que iban a encargar las cosas y había que agradecérselo, pues con gran facilidad podían largarse a Madrid y comprarlas en la Plaza Mayor, quizá lo encontraban allí mejor o más barato. Y Julianín atendía a los trozos de corcho para el Portal, acariciaba las figuras de barro o de plástico para el Misterio, y a los Reyes Magos, de tantos tamaños, y a Herodes, pringado de sangre hasta los codos; Herodes, que troceaba niñatos como si fuesen salchichón. Y acarreaba musgo que cogía vivito y coleando de lo alto de las albardillas de los corrales o en las tapias de los cortinales. Alguna vez, Julián se cayó y se puso hecho una lástima de cardenales y de raspaduras. Y Julián, ya crecidito, telefoneaba a

Madrid para que le enviasen zambombas, y panderos, y pitos matasuegras, y gorritos de cartón de colores para la Noche Vieja, y serpentinas, y..., y... mil y mil quisicosas que luego se venderían o no; pero que tenían que estar allí, en el escaparate, unos días antes, cuando todavía hay colegio y los niños, a la salida, aprietan la nariz contra la luna, señalando todo, encaprichándose, súbita rabieta, con lo más inesperado... Julián llegó a ser el amo de la Navidad en el pueblo, un pueblo serrano, con nieve de verdad y campanas silenciosas en la Noche Santa, Misa del Gallo adentro.

Pero Julianín no disponía de un nacimiento, un nacimiento para él, a su gusto entero. Siempre aconsejaba cómo había que ponerlo, pero nunca gastó las veladas en combinar las figuritas, en buscar lo que pudiese faltar. Vendió, de todos los tamaños pensables, pastorcillos, santos, soldados, casitas, ovejas y hasta algún que otro castillo, y ríos artificiales, con patos, cisnes, y colocó algún lobo, y fuegos para el ángel que se aparece a los pastores, resplandeciente y con un cartel en la mano. Pero nunca tuvo nada de eso propio, en su cuarto. Y ya iba siendo hora de no jugar tanto con lo ajeno, sin verlo apenas luego, ya colocado, y no aprovecharse de unas horas de esos días, cuando ya todos tienen todo dispuesto, para hacer él lo mismo. Pero, ¿cómo ir haciéndose con tanto como hacía falta? Robárselo a su madre, ni pensarlo. Era menester hacer números, calcular, disponerse a que fuera suyo, exclusivamente suyo, y, por descontado, el mejor belén que jamás hubiera habido en el pueblo. Incluso el que ponían en el monasterio vecino se tenía que quedar en mantillas. Como el belén de Julián el tendero, ninguno; estaría bueno. Estaba empeñado en hacerlo. Aunque llegase a viejo antes de lograrlo.

Once años tenía Julián cuando se decidió a comprar a su madre los elementos necesarios, a la vez que él mismo se iba fabricando algunas menudencias a base de buen cartón y maderas. Comenzó descontando de su jornalillo simbólico unos céntimos, que guardaba para reunir lo que costaban los ingredientes aquellos. Así sacaba para ir adquiriendo dos, tres figuras cada Navidad. No tenía prisa. Pero los Reyes, las figuras del Portal, las ovejitas y tutilimundi menudo encarecían año tras año. Sin embargo, año tras año continuó comprando, con distinto ritmo, con diferente gusto. Julián llegó a la madurez y seguía ahorrando y comprando. Su madre se murió; él se

convirtió en el dueño de la tienda y siguió comprándose por igual procedimiento; era una forma de charlar de tarde en tarde con su madre. Guardaba cuidadosamente las figuras en un rincón del desván, añadiendo poco a poco, norias, puentes, caminos de musgo, molinos, Herodes y niños sacrificados... Se casó, y siguió comprando. Llegaron los hijos, y siguió comprando; y los nietos, y siguió llevando, puntual, al nido del desván, ya atestado de cachivaches, monigotes y pequeños prodigios. Así años y años. Hasta que llegó la jubilación, y con ella el tedio y las horas vacías. Había visto mucho mundo, muchas gentes, muchos nacimientos, antiguos y modernos; mucho de todo. Y ya viejo pensó en montar su nacimiento, la Navidad amenazando...

Se encerró y no quisó que nadie viera su trabajo. Una intriga punzante rodeaba a la familia. Julián, el abuelo Julián, aseguraba que en su nacimiento no iba a faltar nada. Hasta un pequeño terraplén, por donde se subía al castillo de Herodes, estaba hecho de auténtica arcilla de Palestina, que se la había traído, en una bolsita, la mujer del sacristán, en una peregrinación de esas baratitas, jaleos que dígame usted para qué sirven. «¿De verdad no va a faltar nada, abuelo?» «Absolutamente nada, ya lo veréis». La gente menuda se quedaba en la puerta del saloncillo donde Julián montaba el belén, sin atraverse a entrar, intentaban descubrir algo por el hueco de la puerta entreabierta, empinándose por detrás del abuelo cuando salía a comer o a otra cosa, rebosante de alegría, repitiendo: «Esto marcha, ya veréis, ya. Esto marcha». Grandes y chicos ayudaron con algo que no les permitía adivinar cómo sería el resultado final: pegar unos cartones, sacar brillo a un pucherito, sujetarle el cuchillo a un pastor, hacer un pequeño haz de leña, enderezarle el casco a un romano... Puras insignificancias que avivaban la curiosidad en el pueblo entero por el nacimiento del señor Julián, el mercero... Ya había quien pensaba en llamar a la televisión, el día del estreno.

Julián había puesto como plazo para abrir la habitación precisamente el regreso de la Misa del Gallo. Todo quedó preparado; intranquilidad y desasosiego crecientes; la curiosidad, en tensa alerta. Julián se frotaba las manos de satisfacción. «Tiene todo, todo, no le falta nada, nada». «Ya veréis qué cosa tan estupenda». Se hablaba de presentarse al Concurso Nacional de la Asociación de Fabricantes de Nacimientos Artesanos, grupo C, mayores de cincuenta años. En la cena, antes de salir para la misa, Julián se puso nervioso, de repente. Le entraron súbitos escrúpulos de si estaría realmente completo el belén o, por el contrario, si le faltaría algo. Tantos años acarreando cosas, quizá alguna se ha traspapelado, alguna se haya roto, a lo mejor los trajes de las figuritas han pasado de moda, quizá se sepa ahora más de Tierra Santa que cuando yo empecé a coleccionar estos archiperres... Tuvo una dolida vergüenza de haber llamado archiperres a la población del nacimiento, tanto como él la había mimado. Sentado en un sillón, mientras la gente se acicalaba para salir, pasó revista en la memoria a las veces que había vigilado calladamente sus figuritas, las había limpiado el polvo, las había puesto una nueva protección de viruta o papeles, cuándo las había comprado y por qué las

prefirió a otras, siempre el montón del desván pujando... Sí, no se había dejado nada. Respiró. Ya estaba allí el gran momento. Y se levantaba, se frotaba las manos, tosía, se volvía a sentar, volvía a levantarse... ¡Señor, qué noche más larga...!

La misa se le hizo muy pesada. El cura se podía haber ahorrado la mitad del rollito, sobre todo cuando pensaban que iba a venir a casa para ver el nacimiento. El cura era jovencillo, algo diferente a como Julián los había conocido en el pueblo, pero buen chico. Jugaba al tenis y le gustaba organizar partidos de fútbol y excursiones a ciudades famosas, a ver los monumentos. Un buen chico, pero, a lo mejor, de nacimientos... Pues que a lo mejor no entiende de nacimientos ni torta. Julián se volvió a casa mucho más nervioso de lo que salió, precipitándose, casi corriendo, dejando a su gente muy atrás. Se sentó a esperarlos mientras tarareaba un villancico. *No la debemos dormir, no, la Noche Santa...* Y llegó su gente, que, sin decir palabra, se le quedó mirando, unánime, muda pregunta que reclamaba el ansiado nacimiento. Julián se levantó con miedo. Abrió la puerta,

luchando con las palpitaciones... Encendió la luz. Allí estaba el nacimiento, con sus colinas, su arroyuelo, el Portal con la vaca y el asno, San José, muy erguido; los Reyes Magos llegando a lo lejos por un enrevesado camino, los molinos girando como locos, lucecitas apagándose y encendiéndose, un bosquecillo de palmeras envuelto en transparencias de luna... Una maravilla. Todos le felicitaban, le abrazaban, se vertían en elogios y pasmos repetidos. Está todo, todito todo. Hasta las mujeres que se encaminaban al Portal llevaban las cabezas bien peinadas, las faldas bien puestas. Y el mesonero tenía cara de bueno, se echaba de ver en seguidita que no tenía sitio en la posada, que no había habido malquerencia al no poder dar albergue a la familia del recién nacido.

Julián estaba a punto de reventar de satisfacción. Pero, era verdad, faltaba una cosa, una sola cosa, no había pensado jamás en ella. El nieto más menudo, un grandísimo bribón, pecosillo, entró de la calle con un puñado de nieve. Tan blanca, tan limpita, que le manaba luz desde dentro. «Abuelo, mira, sólo faltaba esto. Se ha puesto a nevar ahora, solamente para tu nacimiento, apostita para tu nacimiento».